

terio de S. Salvador de Breda en Cataluña, tambien de benedictinos, hay sesenta y dos pedazos de huesos de S. Acisclo y Victoria, llevados de Córdoba á principios ó á la mitad del siglo XIII en virtud de donacion hecha por el vizconde de Cabrera D. Geraldo, y confirmada por su hermano D. Ramon de Cabrera en mayo de 1263 (*). En tiempo de Carlo Magno hácia los años 810, fueron llevadas a Tolosa de Francia las cabezas y otras insignes reliquias de nuestros mártires, y colocadas en la que despues fué iglesia catedral de S. Saturnino. Las que quedaron en Córdoba fueron trasladadas á la iglesia de S. Pedro en el año de 1125. La antigua iglesia de S. Acisclo y Victoria fué dada despues de la conquista á los monges Bernardos, en el año 1530 pasó á los religiosos de la órden de Sto. Domingo.

El culto de estos Santos es antiquísimo, tienen oficio propio en el Rito Gótico; en el códice Veronense hay tambien memoria de la fiesta de S. Acisclo.

SANTA GERTRUDIS, VÍRGEN Y ABADESA.

SANTA Gertrudis fué de una familia ilustre, y nació en Eisleben, ó Islebe, en la Alta Sajonia, y fué hermana de santa

(*) El P. Domenech en su *Historia de Santos de Cataluña*, acerca de las reliquias de nuestros santos Acisclo y Victoria dice lo siguiente: «Tiénelos la ciudad de Córdoba por sus singulares patronos, y como afirma el bienaventurado mártir S. Eulogio, en la destruccion de España quedaron allí sus cuerpos, y hay algunos que pretenden que aun están allá, y no falta quien dice que están en Tolosa. Pero la verdad es, que aunque quedaron en Córdoba en la venida de los moros á España, despues fueron llevadas sus santas reliquias á Cataluña, al lugar de Vidreras, y puestas á un castillo del vizconde de Cabrera, llamado S. Acisclo, y despues el vizconde les dió á S. Salvador de Breda. Como consta de algunos autos, y se saca de un auto auténtico que yo he visto en el archivo del monasterio de S. Salvador de Breda. Porque el ilustre D. Geraldo, vizconde de Cabrera, que fundó la villa de Hostalrich, teniendo mucha devocion al dicho monasterio de S. Salvador de Breda, le dió el cuerpo del glorioso S. Acisclo, y despues por mas seguridad hizo aprobar la dicha donacion y traslacion á su mismo hermano D. Ramon de Cabrera, y este auto del dicho D. Ramon se halla ahora en el archivo del mismo monasterio, como está dicho. Paréceme digno de advertencia de que en este auto no se hace mencion alguna de Sta. Victoria, y creo, debe ser la causa de esto la pureza de tanta sencillez, y tan poca curiosidad de aquellos tiempos, en los cuales es cierto, que en los autos auténticos de algunos cuerpos santos, nunca si eran dos, reparaban en nombrar sino al primero tan solamente.»

Mechtilde. A los cinco años de su edad fué ofrecida á Dios en el convento benedictino de Rodalsdorf, y á los treinta electa abadesa de aquella casa en el año de 1251; y al siguiente fué obligada á tomar á su cargo el gobierno del monasterio de Heldefs, á que fué trasladada con sus monjas. Siendo jóven habia estudiado la lengua latina, como era costumbre entre las monjas: escribia y componia en este idioma muy bien, y era medianamente versada en la sagrada literatura. Siempre miró como principal obligacion y destino de su estado la contemplacion y la oracion, y así consagraba á estos ejercicios la mayor parte del tiempo. La pasion de nuestro Redentor era el objeto favorito de sus devociones; y cuando meditaba en ella, ó en la sagrada Eucaristía, por lo comun no podia contener los torrentes de lágrimas que derramaban sus ojos. Hablaba de Cristo y de los misterios de su adorable vida con tanta energia y tantos transportes de amor, que arrastraba los corazones de los que la oian. Eran muy familiares á esta Santa los raptos y los éstasis del amor divino, con los dones celestiales de su oracion. Ella misma cuenta que oyendo una vez estas palabras, *yo he visto al Señor cara á cara*, que las estaban cantando en la Iglesia, vió como un rostro hermosísimo lleno de luz, brillos y resplandores, cuyos ojos penetraban su corazon, y llenaron su alma y su cuerpo de una delicia inesplicable que no puede espresar lengua alguna. El amor divino que en su pecho ardia, y consumia su alma, parecia el único principio de todas sus acciones y afectos. Para esta preciosa gracia se preparó su pura alma con la crucifixion de su corazon para el mundo, y para los apetitos desordenados de toda especie. La vigilia, el ayuno, la abstinencia, la obediencia perfecta, y una constante negacion de su propia voluntad, fueron las armas con que domó su carne, y estirpó y subyugó cuanto podia haberse opuesto á que reinase la voluntad de Dios en su alma y en sus afectos. Pero en esta obra tuvo la parte mas principal la profunda humildad, y la mansedumbre perfecta; las cuales pusieron los cimientos al edificio de todas las virtudes á que la elevó la divina misericordia. Aunque estaba adornada de unos talentos naturales superiores, y de los dones mas extraordinarios de la divina gracia, su mente estaba penetrada y enteramente persuadida á los sentimientos de su propia bajeza y de sus imperfecciones. Todo su deseo era que todos los demás la despreciasen tambien, y solia decir, que la parecia uno de los mayores milagros de la infinita bondad de Dios, el que sufriese su divina Majestad que la sustentase la tierra. Aunque superior y madre de todas las demás, se portaba con ellas como la mas hu-

milde sierva, y aun como indigna de aproximarse á ellas; pues tan sinceros eran los humildes sentimientos de su corazón. Sin embargo de lo mucho que se daba á los ejercicios de la santa contemplación, jamás abandonaba las obligaciones de Marta; y así era sumamente solícita en proveer á las necesidades ajenas, en disponer todas sus cosas, y en darlas con especialidad todos los socorros espirituales que en su mano estaban. En los progresos que su vida interior hacia en las virtudes hallaba los felices frutos de sus diligencias zelosas y pías instrucciones. Su tierna devoción á la Madre de Dios no pudo menos de nacer del amor que á su divino Hijo profesaba; y las almas benditas del purgatorio tuvieron también mucha parte en su compasión y caridad.

Un vivo retrato de su alma pura y santa tenemos en su corto libro de las *Divinas insinuaciones*, ó comunicaciones y sentimientos de amor, la más útil producción acaso que puede hallarse después de los escritos de Sta. Teresa, con que haya enriquecido jamás á la Iglesia una mujer justa, para fomentar la piedad del estado contemplativo. Esta Santa propone en él ejercicios para renovar los votos bautismales, con que el alma renuncia enteramente del mundo y sus pompas, se consagra al amor puro de Dios, y se dedica á seguir en todo aquella santa voluntad. Iguales ejercicios prescribe para la conversión de una alma á Dios, y para la renovación de sus santos esponsales espirituales, y la consagración de sí misma á su Redentor por un vínculo de indisoluble amor, rogando le sea concedida la gracia de morir para sí misma, ser sepultada en el Señor, de modo que él solo, que es todo su amor, sea noticioso de su estado, ó de su sepulcro; y que no tenga ella otro empleo que el amar á quien tanto le ama. Estos sentimientos les repite con admirable variedad en toda su obra, y en la última parte de ella insiste mucho en los ardientes deseos de verse unida cuanto antes á su amor en la gloria eterna, pidiendo á su divino Redentor por sus tormentos y pasión, y por su misericordia infinita, la purifique de todos los afectos terrenos, para poder ser admitida á la presencia divina. Algunos de aquellos ayes y suspiros con que espresa su deseo y sed ardiente por aquella unión, son tan celestiales, que mas parece proceder de la boca de uno que haya gustado ya de las felicidades de la bienaventuranza, que de un peregrino de esta vida mortal: tan fuertemente impresos se hallan en sus expresiones estos divinos sentimientos. Esto es notable particularmente en el ejercicio en que aconseja al alma devota, á que á veces dedique un día á alabar y dar gracias sin interrupción

para suplir los defectos que en esta ocupación hayan podido ocurrirla en los ejercicios cotidianos de los demás días, y procurar asociarse con la perfección posible á los espíritus celestiales en estos ejercicios. Igual medio propone para suplir todos los defectos que haya podido tener en el amor divino, dedicando un día entero á los afectos del divino amor. Esta Santa como una casta tórtola jamás interrumpía sus ayes y suspiros, sin admitir consuelo humano, todo el tiempo que se la dilataba su eterna felicidad; no obstante de que se regocijaba con la esperanza y el amor, con la resignación á la voluntad de Dios, con las visitas del espíritu divino consolador, sufriendo, padeciendo y trabajando por el amor de su amado Redentor. Sus deseos fueron al fin cumplidos, y habiendo sido abadesa cuarenta años fué llamada á los castos abrazos de su celestial Esposo en el de 1292, habiendo muerto un poco antes su hermana Mechtilde. La última enfermedad de Sta. Gertrudis mas pareció deliquio de amor que dolencia; pues con toda esta abundancia recibió las consolaciones del Espíritu Santo. Muchos milagros dieron testimonio de cuán preciosa había sido su muerte á vista del Señor. Es honrada con un oficio particular en el Breviario romano en este día. La lipsanografía ó catálogo de reliquias que se guardan en el palacio de Brunswik-Luneburgo, impreso en Hannover en el año de 1713, hace mención entre otras de las reliquias de santa Gertrudis, que se conservan en una rica urna. (*Butler.*)

SAN GREGORIO, OBISPO DE TOURS, CONFESOR.

EL segundo precioso ornamento de la Iglesia de Tours después del gran S. Martín, fué Jorge Florencio Gregorio. Nació en Auvergne de una de las familias mas ilustres de aquel país, tanto por su opulencia como por su nobleza; y lo que era todavía mas apreciable, la piedad parecía hereditaria en ella. Leocadia, abuela del Santo, descendía de Vettio Epagato, ilustre mártir de Leon. Su padre era hermano de S. Galo, obispo de Clermont, en cuyo tiempo y el de su sucesor S. Avito, recibió su educación de ellos S. Gregorio. Recibió del primero la tonsura clerical, y fué ordenado de diácono por el último. Habiendo contraído una peligrosa enfermedad, para recobrar su salud quiso hacer una visita de devoción al sepulcro de S. Martín de Tours, y apenas había dejado aquella ciudad cuando por muerte de Eufonio, el clero y el pueblo que se había prendado de su piedad, doctrina y humildad, le nombraron por obispo. Los diputados le alcanzaron en la corte de Sigeberto, rey de Austra-

sia, y compelido el Santo á condescender, aunque muy contra su voluntad, fué consagrado por Gil, obispo de Rems, en el día 22 de agosto del año de 573, siendo de treinta y cuatro años de edad. La fe y la piedad recibió en la diócesis de Tours un nuevo incremento bajo su direccion. Reedificó su catedral que fué fundada por S. Martin, y otras varias iglesias: asistió al concilio de Paris en el año de 577, y en él defendió á S. Pretextado, obispo de Ruan, con tanto zelo y prudencia que ganó el aplauso del mismo rey Chilperico, perseguidor de aquel ofendido prelado. Los arrianos y sabelianos fueron confundidos muchas veces en Francia por nuestro Santo, y la mayor parte de ellos traídos á la unidad de fe con su blandura y erudicion. S. Odon ensalza su humildad profunda, su mansedumbre, el ardiente zelo por la religion, y la caridad con todos, especialmente con sus enemigos. La pureza admirable de su vida y costumbres no fué capaz de libertarle de las calumnias y persecuciones, y fué acusado de haber intentado rendir ó entregar la ciudad de Tours al rey Childerberto; pero se indemnizó en un concilio celebrado en Braine, palacio real tres leguas distante de Soissons en el año de 580. Chilperico condenó en Braine á un hombre llamado Dacco, acusado de traicion, á muerte ignominiosa. Dacco pidió un sacerdote sin que el rey lo supiese, y le admitió á penitencia, con lo que recibió, conformándose con su sentencia, su castigo. Este es un ejemplar de penitencia secreta, y de confesion en artículo de muerte, y de la impía máxima que prevalecia antiguamente en Francia de rehusar los sacramentos á los reos de muerte que eran sentenciados por delitos muy graves. La estupidez y vanidad del rey Chilperico se dejan ver muy bien en las altercadas disputas que tuvo con S. Gregorio sobre los artículos fundamentales de nuestra fe, en que el Santo se oponia y contradecia vigorosamente sus extravagancias. En el año de 594 fué nuestro Santo por devocion á Roma, y fué recibido con mucha distincion del papa Gregorio el Magno, quien le regaló una rica cadena de oro. Admiró aquel pontífice lo grande de las gracias y virtudes de su alma, y lo bajo de su estatura. A lo que dijo el obispo de Tours: «Somos como Dios nos ha hecho; pero este Señor es el mismo en el grande que en el pequeño:» como quien dijera, que Dios es autor de todo cuanto bueno hay en nosotros, y que á él solo es debida la alabanza. Varios milagros se atribuyen á S. Gregorio de Tours, que él aplicaba á S. Martin, y á otros Santos cuyas reliquias llevaba siempre consigo. Habiendo sido presos ciertos ladrones que habian robado la iglesia de san Martin, temió S. Gregorio que el rey Chilperico les hiciese qui-

tar la vida, y le escribió en favor de aquellos delinquentes; y como no hubo quien pidiese contra ellos, les perdonó, y fueron puestos en libertad. Este Santo fué obispo veinte y tres años, y murió en 17 de noviembre de 596. Antes de morir dispuso que su cuerpo le enterrasen en sitio en que todos al pasar á la iglesia pudiesen hollar su sepulcro, y que no se erigiese memoria ni monumento alguno. Pero el clero despues le erigió uno á la mano izquierda de la tumba de S. Martin. (*Butler.*)

La misa es en honor de S. Gregorio, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, ó Dios todo- goro aumentes en nosotros el poderoso, que en la venerable espíritu de fervor y el deseo de solemnidad de tu bienaventura- nuestra salvacion. Por nuestro do pontífice y confesor S. Gre- Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 44 y 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia iv, pág. 76. ()*

REFLEXIONES.

No se halló otro que observase como él la ley del Altísimo. ¿Hallarás el dia de hoy gran número de fieles que observen esta santa ley? ¿Y se respeta siquiera como una ley que obliga igualmente á todos los fieles? No salgamos de nuestros templos: representémonos los divinos misterios que todos los dias se celebran en nuestros altares; este nuevo Calvario en que realmente se sacrifica muchas veces al dia el mismo Jesucristo á su eterno Padre, como victima incruenta por la salvacion de los hombres; este santuario respetable á los mismos ángeles; este sacrificio del adorable cuerpo y sangre del Hombre-Dios, durante el cual las celestiales inteligencias están postradas, y como embargadas de asombro á vista de aquella maravilla, y discurremos cuanta es nuestra fe por el modo con que la tratamos. Aquellos cristianos imperfectos, á quienes una misa celebrada con alguna gravedad se les hace pesada, molesta y enfadosa; aquellos que por

(*) El autor del Eclesiástico, de donde se sacó esta Epistola, nos da á entender que vivia despues del pontificado del gran sacerdote Simon, pues le elogia como á un hombre ya difunto. Y en esta suposicion es menester colocar á Jesus, hijo de Sirach, entre el pontificado de Simon; es decir, entre el año de 3711 de la creacion del mundo en que murió este gran sacerdote, y el de 3783 en que murió Tolomeo Evergetes.

delicadeza ó por indevocion se dispensan de asistir al divino sacrificio; aquellas mujeres profanas que asisten á él con todo el orgullo y con todo el desahogo de la provocacion; ¿ todos estos conocen bien aquello mismo que hacen profesion de creer? ¿ Pero acaso creen bien aquello que miran con tanta indiferencia, y que tratan con tanto menosprecio? ¿ Tendrian valor para ponerse delante de una persona de respeto con la indecencia con que asisten á la misa? ¿ Estarian delante del rey como suelen estar en la iglesia? Llevan consigo el descaro, la infidelidad y la irreligion hasta los pies de Jesucristo. Entre los primeros cristianos era tanto y tan religioso el respeto que se profesaba á este adorable sacrificio, que se tenia por titubeante, por poco firme en la fe al que asistia á la misa con menos devocion. ¿ Se persuadirian acaso ellos á que vivian entre verdaderos fieles si fueran testigos de nuestra irreligion, de nuestras escandalosas irreverencias mientras se celebran los sagrados misterios? ¿ Qué se hubiera dicho si en el mismo punto que Jesucristo espiró sobre una cruz en el Calvario, uno de sus discípulos se hubiera dejado ver en aquel monte con el mismo aparato, con las mismas disposiciones, con el mismo poco respeto con que se dejan tantos ver en el sacrificio de la misa? ¿ Cuantos se hubieran indignado contra él! La misma Iglesia le trataria hoy como á un infame apóstata: ¿ y qué no diriamos nosotros mismos de aquel malvado discípulo? Es la misa una viva y real representacion de aquel primitivo sacrificio; es realmente la misma víctima, el mismo sacerdote y la misma oblation; ¿ pues será menos impia, menos sacrilega nuestra inmodestia? ¿ Buen Dios, cuantos y cuantos asisten hoy á los oficios divinos, al santo sacrificio de la misa, con menos circunspeccion, con menos compostura que á los espectáculos profanos! Es bien seguro que muchas veces se está en el templo con menos seriedad, con menos decencia, y con menos modo que en una visita de cumplimiento y de atencion. Ya no se contentan muchos con irreverencias mudas y secretas: han de ser públicas, desahogadas y ruidosas, pudiéndose decir, que se hace ostentacion y gala de la indevocion. ¡ Y nos admiraremos ahora de que Dios nos haga sentir tanto tiempo ha los pesados azotes de su justisima cólera!

El Evangelio es del cap. 11 de S. Marcos.

En aquel tiempo, respondiéndole Jesus á sus discípulos que dijo: Tened fe en Dios. De

verdad os digo, que cualquiera que diga á este monte, quítate de ahí, y échate en el mar, y

no dudase en su corazon, sino cuanto pedis cuando orais, creed que crea que cualquiera cosa que lo recibireis, y que os será que diga será hecha, lo será. concedido. Por tanto os digo, que todo

MEDITACION.

De la falta de fe en la mayor parte de los fieles.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no toda infidelidad es del entendimiento; tambien la voluntad tiene la suya. La razon porque no se cree es porque no se quiere creer. Es verdad que es necesario creer en Dios para amarle; pero no es menos verdad que es menester amarle mucho para creer bien en él. La caridad todo lo cree. No es la razon la que causa en los hombres la incredulidad, pues nunca hubo hombre de razon y de buen juicio que dudase de las verdades de la religion como no tuviese estragadas las costumbres. Por lo regular ningun hereje se convierte de buena fe si no quita los estorbos á la gracia por medio de una vida inocente y ajustada, ni se ha visto jamás algun apóstata católico que no fuese anteriormente de vida poco cristiana. Nunca abandonaron á la Iglesia sino aquellos hijos que la deshonraban, y que ella misma separaria de su cuerpo místico como miembros encanecidos. Por el contrario, ningunos desertores se pasan por lo regular á nuestro campo del enemigo que no fuesen antes la honra de su partido, y que no viviesen en él como si fueran del nuestro en el orden puramente natural. La corrupcion del corazon va disponiendo á titubear en la fe; y desde que se empieza á vivir mal, comienza á disiparse respecto de la religion. La fe es virtud del entendimiento; pero la falta de fe es vicio de la voluntad. No hay pasion violenta que no sea enemiga de la fe. Esta á la verdad es una brillante hacha que alumbrá; ¿ pero de qué sirve esta hacha á quien tiene los ojos achacosos? ¿ Qué nos importará estar rodeados de luz, caminar en la mitad de un dia claro, si llevamos con nosotros las tinieblas y la noche? ¿ de qué nos servirá creer cosas tan grandes, si solamente las creemos como las creen los demonios; esto es, con una fe puramente especulativa? ¿ de qué nos servirá creer todo lo que es necesario creer para ser cristianos, si no creemos como es necesario creer para salvarnos? Confesemos, pues, que hay en el mundo muy poca fe: nuestra misma vida es una demostracion tan manifesta de esta verdad, que no podemos dejar de confesarlo. ¿ Se vive con tibieza? pues con tibieza se cree. ¿ Aliéntase el alma con el fervor? pues siente en

si misma que se le va esforzando la fe con la inocencia; pudiéndose decir muy bien, que el fervor en el servicio de Dios es la medida de nuestra fe. Si queremos saber hasta donde llega esta, consultemos nuestra vida y nuestro porte: por las máximas que seguimos y por las obras que ejecutamos conoceremos la grandeza y la valentía de nuestra fe.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que es ocioso alumbrar al entendimiento mientras esté preocupado el corazón. Buena aunque muy triste prueba de esta verdad fueron los judíos. Las profecías que vieron cumplidas en Jesucristo eran poderosos motivos para que creyesen en él; pero ni ellos se las quisieron aplicar, ni dar oídos á los que se las aplicaban. Siendo de suyo las parábolas unas esplicaciones palpables que esponen como de bulto los misterios mas elevados, eran para ellos unos velos impenetrables que les ocultaban la vista de aquellos mismos misterios. Estaban viendo sus milagros: confesaban francamente que los hacia: *hic homo multa signa facit*. ¿Pero qué infirieron de ahí? ¿que era preciso seguirle, creerle y adorarle? nada menos. Lo que infirieron fué, que era necesario quitarle cuanto antes la vida. Quieren informarse los judíos del ciego desde su nacimiento que recobró la vista: llaman á sus padres, examínalos, quedan convencidos despues de haber hecho cuanto pudieron para corromperlos. ¿Y qué sacaron de este convencimiento? ¿creer en él? de ningún modo. Maldecirle, ultrajarle y escomulgarle. ¡Oh, y cuanta verdad es que una pasión en una alma, apoderada ya de la relajación y de la tibieza, escita en ella grandes alteraciones! Es como el fuego que prende en madera húmeda, levantando un humo denso que oscurece la razón, y no la deja percibir los objetos sobrenaturales. Aun respecto de los mas materiales y sensibles nos ciega la pasión. ¿Pues qué mucho nos impida la vista de los espirituales y divinos? Lo mismo que retrae á los malos, atrae á los buenos: lo mismo que espanta á los disolutos, enamora á los virtuosos. Estos no acaban de admirar lo que aquéllos no aciertan á creer acerca del misterio de la Encarnación, de la Eucaristía, etc. La muerte de un Dios, que se hace dura á la fe de los malos cristianos, enciende mas y mas el amor de los buenos y de los fervorosos. Confesemos ya que no hay estado mas miserable, mas digno de compasión que el de un cristiano que tiene poca fe. Fuérale mejor, digámoslo así, creer nada, que creer á medias, pues padece mucho mas en sus gustos, que un verdadero fiel en sus trabajos. Aquella escasa luz que le ha quedado es muy bastante para perderle, y no lo es, por culpa suya, para salvarle. Es

para él como una luz importuna medio apagada y maligna, que hasta para quitarle aquella quietud que se experimenta en el silencio de las tinieblas sin comunicarle la alegría que causa la luz del sol. Si yo tuviera fe (se suele decir) presto dejaria estos embelesos, esta profanidad, estos pasatiempos, y presto me convertiria; pero yo digo, que presto tendrias fe si dejáras esos pasatiempos, esa profanidad y esos embelesos. Nuestra poca fe siempre es funesto efecto de nuestras corrompidas costumbres. Aquel sacerdote no siente devoción en el altar; ¿pero tiene mucha fuera de él? si por su desgracia trae una vida tibia y desarreglada en su casa, ¿quiere experimentar en el altar una fe viva y fervorosa?

Séalo, Señor, mi vida, sea inocente, sea pura con vuestra divina gracia, y espero que mi fe crecerá cada día mas y mas.

JACULATORIAS. — Yo creo, Señor; fortificad mi fe. (*Marc. 9.*)
Señor, aumentadnos la fe. (*Luc. 17.*)

PROPOSITOS.

1 Es poca la fe, porque es mala la vida. Nada debilita tanto la fe como las enfermedades del corazón. Las almas inocentes, las almas puras pueden ser tentadas en la fe; pero las tentaciones, por lo comun, solo sirven para avivarla mas, como no den en el extremo de la relajación. Si padecieras estas importunas pruebas, renueva tu fidelidad y tu fervor en el servicio de Dios. Nunca has de tener mayor modestia, mas caridad con los pobres, nunca mas devoto, mas reverente en presencia del Santísimo Sacramento; nunca mas exacto, mas puntual en todas tus obligaciones y devociones; nunca mas mortificado ni mas fervoroso que en tiempo de estas pruebas. Presto verás disipadas esas nubes y sosegadas todas esas tempestades. Ninguna cosa contribuye tanto á la serenidad del alma como aumentar el fervor.

2 Siempre te has de proponer tus acciones y tu conducta como la mejor prueba de tu fe. Esta, en los verdaderos cristianos, nunca es puramente especulativa. Es costumbre saludable pensar en todos los ejercicios espirituales, en la misa, en el oficio divino, en la oración y en todas las buenas obras, que en ellas vamos á dar á Dios y al público pruebas legítimas de nuestra fe. Si estás en la iglesia, considera que vas á dar testimonio de tu fe; si es preciso perdonar una injuria, hacer una limosna; si te sucede alguna aflicción, algun contratiempo, recurre á la fe, y

dite á tí mismo : Quiero parecer cristiano en esta ocasion ; pero ten cuidado de pedir frecuentemente á Dios que aumente tu fe : *Credo, Domine : adjuva incredulitatem meam.* Si, Señor, yo creo, yo creo; pero fortificad mi fe cada día más y más. Esta oracion ó jaculatoria debe ser familiar á todos los cristianos.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

LA DEDICACION DE LAS BASÍLICAS DE SAN PEDRO Y SAN PABLO APÓSTOLES, en Roma, de las cuales la primera reedificada y ampliada la consagró solemnemente el papa Urbano VIII tal día como hoy. (*Véase su noticia hoy.*)

SAN ROMAN, mártir, en Antioquia; el cual en tiempo del emperador Galerio, intentando el presidente Asclepiades entrar por fuerza en una iglesia y arruinarla hasta los cimientos, exhortó á los demás cristianos á que se le resistiesen, por lo cual le prendieron, y despues de crueles tormentos, le cortaron la lengua (sin la cual empero publicaba las grandezas de Dios); y últimamente ahogado con un dogal en la cárcel, fué coronado con ilustre martirio. (Este Santo era diácono de un pueblo de la jurisdiccion de Cesarea en Palestina.)

SAN BARULA (ó BARULAS), niño mártir, presenció el martirio de san Roman, que precede, y habiéndole preguntado S. Roman si era mejor adorar un solo Dios, ó muchos dioses, respondió: que se debia adorar solo al Dios que adoraban los cristianos, por lo cual fué azotado, y despues degollado. (Su madre que se hallaba presente, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no cesó de animarle. Este martirio, y el de S. Roman, acaeció por los años de 303. Barulas, ó Barallaha, por abreviatura Barlaha, significa en caldeo, *niño, hijo ó siervo de Dios*, por lo que en el antiguo breviario de Toledo es titulado este mártir con el nombre de Theodulo, palabra griega que significa lo mismo.)

SAN ESQUIO, mártir, tambien en Antioquia: era soldado, y oyendo publicar un edicto por el cual se mandaba que los que no adorasen los idolos perdiesen el honor militar, inmediatamente se desnudó de las insignias de soldado; por lo que atándole una gran piedra á la mano derecha fué precipitado en el rio (Orontes, por los años de 303, casi al mismo tiempo que S. Roman.)

LOS SANTOS ORICULO Y SUS COMPAÑEROS, en el mismo dia; los cuales en la persecucion de los vándalos padecieron por la fe católica.

SAN MÁXIMO, obispo, en Maguncia; el cual habiendo padecido muchas persecuciones por los arrianos en tiempo de Constancio, glorioso confesor murió en paz. (Fué constante en sostener la fe católica, y por los años de 346 presidió el concilio de Sardis.)

EL TRÁNSITO DE SAN ODON, abad de Cluni, en Tours. (Era hijo de una